

Iker Izquierdo

LA CONQUISTA DEL HEARTLAND

SONATA DE PEKÍN



Biblioteca Creativa

**LA CONQUISTA DEL HEARTLAND:
SONATA DE PEKÍN**



Biblioteca Creativa

Editor, Miguel Rubio Lastra, Ediciones Catay Co. 佳台書店

© 2026, Iker Izquierdo
© 2026, Ediciones Catay Co. 佳台書店
© 2021, N-Ray Lai, de la fotografía de Iker Izquierdo
© 2026, Miguel Rubio Lastra, de las ilustraciones interiores y cubierta

40758, Taichung (Taiwán)
edicionescatay.com

Primera edición, abril de 2026
ISBN 978-626-92755-3-3 (tapa blanda)
ISBN 979-825-40007-2-3 (tapa dura)

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización escrita de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley taiwanesa.

ÍNDICE

Íncipit	11
I. Bienvenido a Pekín	13
II. El otro síndrome de Stendhal	78
III. Polo de inaccesibilidad	155
IV. La sagrada familia	213
V. Curso de literatura rusa	250
VI. El mito de la caza salvaje	304

A mis padres Fernando y María Ángeles,
a mi hermana Estibaliz y a mi sobrino Alain.

Quien gobierne Europa del Este dominará el *Heartland*;
quien gobierne el *Heartland* dominará la *Isla-Mundial*;
quien gobierne la *Isla-Mundial* gobernará el mundo.
HALFORD J. MACKINDER,
The Geographical Pivot of History

Yo estaba enamorado del amor...
Carta de Fabrizio del Dongo a la duquesa Sanseverina
STENDHAL,
La Cartuja de Parma

ÍNCIPIT

Debo una disculpa al lector, pues en mi anterior obra había prometido que no volvería a recurrir al artificio del manuscrito. En cierto modo, he cumplido a medias. Me explicaré. Poco después de editar las memorias de mi amigo Mateo Cortina —a quien, por cierto, estoy traicionando al revelar su nombre—, recibí en mi retiro taiwanés una caja procedente de Japón. Venía remitida por Haruka Barrientos Maeda. En el interior había varios cuadernos y algunos libros, además de un sobre con una nota dentro, firmada por Sebastián Barrientos a la atención de Iker Izquierdo. Decía así:

Querido amigo:

Me temo que tengo malas noticias, porque si estás leyendo esta nota quiere decir que ya estaré muerto. Sé que debería haberte avisado, pero ya me conoces. No me gusta molestar a nadie. Imagínate el lío que hubiera supuesto

para ti venir hasta Tokio para mi funeral. Con tu reuma y todo eso... ¡Quita, quita!

En fin, voy a ser muy breve y me ahorraré las loas a nuestra amistad, de cuya bondad siempre fuimos conscientes. Lee con atención. Lo que te envió son los diarios y manuscritos de Lope Carvajal. ¿Te acuerdas de él? Seguro que sí. Creo que lo llegaste a conocer en persona. Yo no. El caso es que todo este material cayó hace unos años en manos de Mateo, que no sabía qué hacer con él. Lo leyó y le pareció que tenían mucha envidia, por eso me los remitió para que hiciera con ellos una serie de televisión o una novela, pero nunca tuve tiempo. Ya sabes cómo he estado toda mi vida, apurado con los gastos, escribiendo mierda para ganar dinero. Ahora que mi tiempo se acaba, te lo remito a ti. A lo mejor te quedan fuerzas para darle a Lope una historia que no desmerezca demasiado.

Un fuerte abrazo y espero que nos veamos en el cielo, o en el infierno, o donde sea.

Sebastián

Como parecía que, en efecto, todavía me quedaban algunas fuerzas y un deseo infantil de escribir un último libro, acepté el reto que había pasado de Mateo a Sebastián, y me dispuse a leer los diarios y notas de Lope Carvajal. Al principio, pensé en escribir una especie de estudio sobre su obra periodística con un enfoque biográfico, pero luego me di cuenta de que los dos años que vivió en Pekín bien merecían una novela. Nunca se me dio bien la ficción, pero tampoco la prudencia. Allí donde quizás debería haber callado, he escrito una historia que, por muy inverosímil que parezca, es verdadera. A no ser que Lope Carvajal mintiera en sus diarios. Todo puede ser, pero... ¿y eso qué importa? Veamos.



I BIENVENIDO A PEKÍN

La noche en que Lope Carvajal llegó a Pekín fue declarada la más fría del siglo. Tiempo después, cuando abandonó la ciudad persiguiendo a un cervatillo, el clima sería muy distinto.

Los lagos de la capital acogían a entusiastas del patinaje sobre hielo, y los restaurantes de olla mongola rebosaban de comensales ansiosos por quemarse los labios con una sopa reconfortante. El pronóstico meteorológico anunciaba posibles nevadas para los próximos días, cortas e insuficientes como siempre lo eran en la región de Pekín, aunque quizás bastarían para blanquear, durante unas horas mágicas, los tejados centenarios de la Ciudad Prohibida. La venta de antigripales se disparó en las farmacias en previsión de los probables resfriados, y muchas personas mayores o con achaques renunciaron a salir de casa, quedándose al abrigo de la calefacción de gas natural. Por fortuna, los días

de incertidumbre invernal, durante los que se especulaba con posibles estrecheces en el suministro de energía, habían quedado atrás, y los habitantes del norte de China saludaban alborozados y satisfechos los grandes acuerdos energéticos firmados con Rusia. Aun así, muchos ancianos seguían ape- gados a sus bolsas de agua caliente para caldear el lecho por las noches y a los vasos de agua tibia para entonar el estómago por las mañanas.

Aquella tarde, en uno de los aeropuertos de Pekín, un tren se puso en marcha con un movimiento suave y gracioso, como una ola gentil que llevara en volandas hacia la playa a una falúa rauda y briosa. Los torsos de los pasajeros se incli- naron ligeramente hasta que la inercia acompasó sus cuerpos a la velocidad del vagón. Una voz metálica, femenina y ama- ble anunciaba en chino las paradas previstas en el trayecto y advertía a los usuarios del tren que no olvidasen sus perte- nencias ni equipajes al bajar. Entre numerosos viajeros arre- bujados en gruesos abrigos de plumón de ganso y gorros de lana neozelandesa, Lope Carvajal leía *Camino de servidumbre*, de Friedrich Hayek, y entre pasaje y pasaje echaba un vistazo a su alrededor, como si intentara identificar algún elemento del alma colectiva china, pero solo había viajeros cansados de largos vuelos y trabajadores bostezando tras todo un día trasladando maletas o sirviendo cafés en el aeropuerto.

Lope acababa de cumplir los veintiocho años y, tras varios cursos enseñando historia a adolescentes problemáticos de los pueblos de Madrid, decidió marcharse a la China con sus ahorros y matricularse en alguna universidad de la capital. Quería estudiar historia del oriente y geopolítica, y labrarse un futuro en el mundo académico del más alto copete, ense- ñando a los hijos de la burguesía internacional y codeándose con lo más granado de la universidad. En Madrid, tras un

semestre infernal en Aldea del Fresno, comunicó estos planes a sus amigos, con la suerte de que uno de ellos, Nacho Perdomo —que se había afianzado en el *ABC* como reportero de la sección política—, le presentó al redactor de un nuevo periódico que llevaba varios meses en circulación. Parecía que la nueva cabecera contaba con más inversores cada día gracias a la novedad de sus análisis y a una perspectiva independiente, por lo que estaban intentando reforzar la sección internacional. Lope había escrito para algunas revistas varios artículos sobre distintos temas, y solían publicarle cartas al director en los periódicos. Además, siendo alumno Erasmus, había escrito un pequeño libro sobre su estancia en Manchester que recibió el elogio —pronto olvidado— de un escritor famoso en las páginas de *El Semanal*. Rubén Cortado, jefe de internacional del nuevo periódico, quedó gratamente sorprendido por la prosa de Lope y, sabiendo que pensaba mudarse a Pekín, le ofreció ser el corresponsal en la capital china. Si bien la paga no sería muy cuantiosa, le permitiría mantener el grueso de sus ahorros y quizás darse algún pequeño lujo.

China lo atraía desde hacía tiempo, no solo por razones de exotismo, sino porque el país estaba cada vez más presente en la realidad española. A pesar de la mala prensa de su régimen político, el fulgurante desarrollo económico chino no dejaba de sorprenderle. Lope pronto quiso desentrañar aquel secreto, y mientras seguía vagabundeando por Madrid de un colegio privado a otro, haciendo precarias sustituciones, comenzó a estudiar mandarín por Internet. Cuando llegó a Pekín, su nivel era medio, siendo muy generosos, pero había conseguido hacerse entender con las azafatas del avión y el personal del aeropuerto sin recurrir demasiado al inglés, algo que apuntaló su confianza y retrasó las inevitables frus-

traciones de comunicación inherentes al aprendizaje de un idioma. El agente que selló su pasaporte en la zona de control le sonrió con amabilidad y le dio la bienvenida a China. Lope percibió cierta alegría en su gesto, lo que le recordó a uno de sus profesores de la facultad de Historia de la Complutense, quien llegó a afirmar que en los países comunistas la risa era una *rara avis*.

Cerró el libro y consultó el mapa de metro en el móvil. Constató que todavía faltaba un rato para llegar. El tren corría ahora por la superficie, y los pasajeros contemplaban el ocaso descendiendo sobre la tierra. A lo lejos, semejando la luminiscencia de bombillas LED al final de su vida útil, el brillo pálido de las estrellas se confundía con las luces de la ciudad. El contorno de las torres de apartamentos era cada vez más nítido, y formaban un bosque de gigantes enhiestos entre las sombras, como cariátides sosteniendo el firmamento.

Se anunció la primera parada. Algunos viajeros bostezaron mientras estiraban tímidamente los brazos entumecidos por el frío. En el otro lado del vagón, una chica joven se levantó de su asiento y se sentó frente a él. Miraba absorta el paisaje nocturno por la ventana. Su rostro formaba un óvalo perfecto; la nariz recta lo dividía en dos partes simétricas, con sus grandes ojos acuosos de color caoba y una boca generosa de labios amelocotonados que dotaba de ambigüedad a su expresión. Unas veces parecía sonreír; otras, parecía sumida en la melancolía. El pelo liso, del color de la herrumbre, terminaba en un cuello blanco, casi de alabastro, que le tapaba las orejas menudas rematadas por dos pendientes sencillos. Un mechón rebelde le invadía de vez en cuando el campo de visión. En sus manos enguantadas sobaba un mechero metálico, como si no viera la hora de salir para fumarse un cigarrillo. Su belleza serena y enigmática captó enseguida la atención de Lope, que